

EL ULTIMO



SE emborrachó torpemente aquella noche. Y le sobrevino, poco después, entre vaharadas, el inusitado silencio. En principio, no era más que un silencio mínimo. Empero se adensó, más tarde, y perdió su inocuidad.

Adelita, a todo esto, se movía aun estando sentada. A la mulata Adelita le bailaba siempre la sangre.

Se restregó los ojos y la frente. El silencio se había segmentado en tenues pompas. Era casi invisible. Entreverado con otros silencios infinitesimales. Y lo tenía allí, metido entre sien y sien.

La carinegra Adelita tenía la sangre rabiosa, rabiosamente parrandera.

—¿Más ron, mi amor?

La vio áspera y cerril. Sin embargo, dijo que bueno, que bebería más.

—¿Qué, «cuñao», te gusta?

El mozo espantó unas moscas de sobre la mesa, despazzurró las que buenamente pudo y dejó los vasos.

Dijo que tenía hambre o al menos pretendió decirlo. Pero es que sus palabras parecían flotar cautivas en las tenues pompas.

—Tengo hambre.

El marinero golpeaba la mesa al compás mismo. El vela las lúspidas manazas vacilar en lo alto para romperse luego, una y otra vez, en el leño.

La maturranga Adelita bailó el merecumbé. Quebró el arco de su pecho la tibia quietud y el marinero sintió en su costillar la violencia de aquella sangre.

El mozo, con sus dientes acuciadores y desnudos, le sirvió unas empanadas envueltas en pieles de plátano.

Adelita danzaba ahora sola. Se detuvo y comenzó a oscilar lenta, estuosamente. A un negrazo tripón, de tanto miraría, se le voltearon los ojos.

Jaime Lloret era un cochino. Lo había engatusado. Jaime Lloret había engatusado a un reventaterrones, a un mamacallos señor de los más augustos silencios.

—Mira, mi amor, te voy a hacer un ensalmo.

2

Yamuny tenía los biceps duros y elásticos. Los tenía como pelotas de rugby, a decir de John Ortiz, su patrón.

Cuando Yamuny, el buen armenio, sesteaba bajo el celbo, solo discurría la conveniencia de dar cuero a los sucios indios y a las hembras de los sucios indios.

John Ortiz, su patrón, afianzaba el cigarro entre las muelas y le decía:

—Te van a rascar la tripa esos bastardos.

Después John Ortiz arrojaba un salivazo retinto y se iba murmurando la vieja rondaña de Tragabuches:

*Una mujer fue la causa
de mi perdición Primera,*

*que no hay ruina del hombre
que por la mujer no venga.*

Yamuny llevaba al cinto un machete de algo más de medio metro, que ya había medido, aun sin abrir grietas, los lomos de aquellos sucios indios. De mirar dulce y apacible, a Yamuny le bizqueaban los ojos y se le amagaban entre cárdenos bolsones cada vez que mentaba la canalla.

Cierto que era duro el lugar. El sol recocía los hombros y anegaba las ingles de sudor caliente y ácido. Y en día Yamuny —era entonces el joven y ya frustrado— bajó al vado, y entre los chaparros espizó el baño de las mujeres.

El sudor corría piernas abajo y se bifurcaba con la pelambre y triscaba por ella y escocía y quemaba.

Nunca supo, tiempo después, si aquel muchachito era realmente suyo. Pero si tenía en su mirada serena la tierna beatitud de su lejano país. No lloró Yamuny cuando supo que el muchachito y la india se habían ido, río abajo, con las lluvias. Pero se quedó más solo, más desamparado aún y sintió, con un lento temblor, como si su tierra se hubiera hundido, ya para siempre, más allá del océano.

—Ay, Yamuny, Yamuny, mira tú, hombre, que un mal día te rajan esos bastardos.

3

El disparo repercutió por el monte abajo. Mauricio pudo barruntar por sobre el fúlgido punto de mira cómo el jaguar, tras llevarse las patas delanteras a la cabeza, iba a caer de un elástico brinco entre los zarzales.

—Ah, caramba, es un buen cunaguaro.

Secaría la piel con cal, al sol y al viento. Y mientras tanto, desde su chinchorro espía el pulso del maíz.

El vecino criollo Tomás tenía la azucarada melosidad de la cancia, la suavidad misma de su pulpa. El vecino criollo Tomás le había enseñado a cultivar la caña y a preparar la yuca.

Mauricio dormitaba horas y más horas en el chinchorro mientras sentía crecer el maíz. Mauricio había amputado a cercén la corrosiva añoranza. Mauricio desconocía totalmente su natal geografía de los Abruzzos.

Tomás tañía el arpa en la noche y le preparaba el cazabe. ¡Tomás, el buen Tomás...! Tenía gorda la cabeza y el pelo untuoso, la color misma de la endrina, y las manos chatas. Era, sin duda, el vecino criollo Tomás, un gran e insustituible amigo. Un amigo hábil en extremo. Un amigo capaz de extraer de la caña buenos cuencos de alcohol.

Se repantigó en su chinchorro. Sí, podía considerarse un hombre feliz. Tenía muchas cosas, casi más de las necesarias. Tenía una carabina, un viejo ford, un conuco y un amigo.

El doctor Hernández se limpió el sudor.

GRAN PREMIO "TRIUNFO" DE NARRACIONES,

TIEMPO

Por E. CERDAN TATO.

—¿Lo hizo el cunaguaro?
Le dijo que no. Se había desgarrado la mano entre los espinos.
El doctor Hernández le ofreció un cigarro.

—Sí, tiene usted suerte. Mucha suerte —sonrió expresivamente mientras examinaba la herida—. Bueno, con unos tragos de «whisky», listo.
Mauricio le devolvió el gesto. Conocía su oficio el doctor Hernández. Sabía cómo tratar a sus pacientes, cómo adecuar las recetas.

Quizá por ello, por aquella confianza, Mauricio vaciaba la botella a tragos mansos, morosos.

Por las noches, llegaba Tomás arrastrando las cholas.

—¿Duerme ya, musú?
Entornaba los ojos y casi nunca respondía. Porque cada anochecer, allí, donde minutos antes el bosque se había tornado del mismo encendido color de la púrpura, cantaba una paraulata.

—Guá con el hermano. Siempre rascao. Siempre rascao.

Verdaderamente, todo había resultado fácil. Fácil levantar el chamizo, con la ayuda de Tomás. Fácil también disponer un nuevo orden de vida. Incluso fácil romper las últimas amarras, quemar recuerdos, despedarlos, patearlos, atomizarlos, por fin. Mauricio sonrió y entornó los ojos cuando la paraulata inició su canto.

Bueno, con unos tragos de «whisky», listo.

Se lo había ordenado el doctor Hernández, un buen médico, por cierto. Aquella noche se rocío la herida con alcohol y aplicó los labios sobre ella. Lentamente se sumergió en el sopor de cada día.

Tomás se alejó arrastrando las cholas.

—Guá con el hermano. Siempre rascao, siempre rascao.

4 y último

La cubierta olía a brea, a menestra, a sudor inútil, a desalentado resuello. Había ciertamente muchos repatriados a bordo. Muchos pobres ilusos.

Daniel miró por sobre el horizonte y más allá. En la otra orilla, alguien lo esperaba. Humilló la frente, dejó caer los brazos, sus nobles brazos de terrajero. Todo había resultado estéril. Todo.

—No, lo siento, aquí no hay trabajo. En mi canuco el maíz crece solo, ¿lo oye?

Ni siquiera se había incorporado en su chinchorro. Sin embargo, a Daniel le alcanzó, junto con el aliento agrio del alcohol, una tafarada de honda desesperanza.

Daniel sabía ya de aquellos días sin camino sobre su lengua. De las jornadas vacías, de la búsqueda infructuosa. Jaime Lloret no había aparecido en todo aquel tiempo. ¡El muy...! Y allí iba él, Daniel Mira, incomprensiblemente abrumado de tristeza y fracaso.

Chirriaron los cabrestantes y comenzó a eruirse el pulmón del agua bajo la carena, mientras el océano se desplegaba, en abanico, frente a la proa.

Daniel se acodó en la balaustrada y abrió las páginas de «El Popular».

Allí se decía, entre otras muchas noticias parecidas, de cierto armenio que había sido hallado, cubierto de machetazos, en un lodazal de junto al río.

Con indiferencia, casi con asco, Daniel dejó caer el periódico, que se hundió, poco a poco, en la bahía.

(Ilustraciones de URCULO.)



GRAN CONCURSO "TRIUNFO" DE NARRACIONES

Sexta relación de originales recibidos

- NELA,
de Ana María Muntaner P.
VENTANA PROHIBIDA A LOS INGENUOS,
de Juana Oliver Cullerl.
EL MAESTRO,
de José Andrés Muñoz López.
LA FECHA SEÑALADA
Y
LOS OTROS NIÑOS,
de María Beneyto Cuñat.
EL BLANCO CAIDO,
de Carlos Campos.
LAS RATAS,
de Carlos Campos Martínez.
¿NO VES QUE ES UN HOYO?
de José Antonio Lázaro y Ramos.
LA PRISA,
de Soledad García-Ynes Beronda.
JOHNNY,
de M. A. M.
DOS VERSIONES DE UN DIA,
de Antonio Escobotado.
LA IGLESIA MAYOR,
de Estilógrafo.
EL ENTIERRO,
de María Lourdes Espartero Nieves.
EL FANTASMA DE LA EDAD,
de Pilar Crespo de Arillo.
ANSELMO LORENZO,
de Enrique Incera Iturbe.
DOS HOMBRES,
de Francisco Saura Ramos.
PITA EL TREN,
de Hernán Rodríguez Castelo.
EL RIACHUELO,
de Josefina Soria Hernández.
EL RIO AMARGO,
de Josefina Soria Hernández.
NOCHE DE DIFUNTOS JUNTO A LA LAGUNA DE PENALARA,
de José Luis Armistán Lauffer.
UNOS OJOS AZULES,
de Tomás Torralbo Seseña.
EL CAPITAN MACCORQUY,
de Fermín Nebreda Camarero.
NUNCA ES TARDE SI LA CHICA ES BUENA,
de Vicente Torres Riera.
EL LOCO DE LAS PALOMAS,
de Germán Santamarina.
FIN... ¿DE SEMANA?
de Germán Santamarina.
EN LA NOCHE... Y SIN RECUERDO,
de Enrique Wlot Peñate.
EL BRAZALETE,
de Graziella Niño Passios.
- ESTRELLITA, MI AMIGA,
de Rodrigo Rubio Puertas.
EL ABUELO ANTON O LA NUBE QUE SE ALEJA,
de Rodrigo Rubio Puertas.
LAS DIABOLICAS RAZONES,
de Blanca Ibáñez Blanco.
EL ESPAÑOL,
de Pedro de Juan Guyatt.
LA ANTORCHA DE LA ILUSION,
de F. Taboada.
LA DESPEDIDA,
de Carlos Dellana.
UNA NOCHE DE NUBES ROJAS,
de José María Salas Pedrero.
YO QUISE VENGARME,
de Xuana.
LAS BOTAS DEL AHORCADO PEREZ,
de José María Páez Baigañón.
Y POR FIN LLEGO LA FELICIDAD,
de Sanko.
SUENO DE LUCEROS,
de Rocío Lara.
HACIENDA SENORIAL,
de Luis Galatayud Buaes.
LA GOTERA,
de Pedro de Juan Guyatt.
MAS ALLA DE LA CICATRIZ,
de Peter Kraus.
POR PRIMERA VEZ,
de I. B. Mata.
VIAJE DE REGRESO,
de María Isabel de Juan Guyatt.
NUEVAS BOLAS AL AIRE,
de Arsenio Muñoz de la Peña.
AQUELLA NAVIDAD,
de Mari Angela Grant Buxó de Riuco.
HAY PADRES QUE BUSCAN A SUS HIJOS Y NIÑOS QUE BUSCAN A SUS PADRES,
de Rosa de L. Gíber Pahisa.
MI VENTANAL,
de Andrés Pella Surroca.
DEL LODO NACEN LOS JUNCOS,
de Antón Carrera Busquets.
DIOS,
de Eva Zirru.
LA AVENTURA DE MARY,
de Isabel Monasterio.
LOS HIJOS MUERTOS,
de Carlos Sánchez Pinto.
LA VIDA DE ANTES,
de Carlos Sánchez Pinto.